

**Bosquejo de los mensajes
para el Entrenamiento de Tiempo Completo
del semestre de primavera del 2015**

**TEMA GENERAL:
VIVIR EN LA REALIDAD DEL REINO DE DIOS**

Mensaje cuatro

**El crecimiento de la semilla divina del reino en el corazón humano
con miras al edificio de Dios**

Lectura bíblica: 1 Ts. 3:13; Pr. 4:23; Mt. 13:3-9, 19-23

- I. Según la Biblia, el crecimiento equivale a la edificación; esto se lleva a cabo mediante el crecimiento de la semilla divina de vida, la semilla del reino en nuestro interior—1 Jn. 3:9; Col. 2:19; Ef. 4:15-16; Mr. 4:26; Lc. 17:20-21:**
- A. Efesios 3:17 revela que el Dios Triuno ha entrado en nosotros para llevar a cabo una obra de edificación consigo mismo como elemento y también con algo de nosotros como material; esto es ilustrado por la parábola del sembrador en Mateo 13; el Señor se siembra a Sí mismo como semilla de vida en los corazones de los hombres, la tierra, a fin de que Él pueda crecer y vivir en ellos y ser expresado desde el interior de ellos—v. 3:
1. El lugar junto al camino representa el corazón que ha sido endurecido por el tráfico mundano y que no puede abrirse para entender, para comprender, la palabra del reino; las aves representan al maligno, Satanás, que viene y arrebató la palabra del reino que fue sembrada en el corazón endurecido—vs. 4, 19.
 2. Los pedregales, que no tienen mucha tierra, representan el corazón que recibe de modo superficial la palabra del reino; en lo profundo de tal corazón hay piedras—pecados ocultos, deseos personales, egoísmo y autocompasión— que impiden que la semilla se arraigue en lo profundo del corazón—vs. 5, 20-21:
 - a. El sol, con su calor abrasador, representa la aflicción o la persecución (vs. 6, 21); el calor abrasador del sol seca la semilla que no está arraigada.
 - b. El calor del sol contribuye al crecimiento y la maduración del cultivo, una vez que la semilla llega a tener raíces profundas; pero, debido a la carencia de raíces, el calor del sol, que debería hacerla crecer y madurar, viene a ser un golpe mortal para la semilla.
 3. Los espinos representan las preocupaciones de este siglo y el engaño de las riquezas, los cuales ahogan completamente la palabra, impidiendo así que crezca en el corazón y haciéndola infructuosa—vs. 7, 22; Lc. 12:15-21.
 4. La buena tierra representa el buen corazón que no ha sido endurecido por el tráfico mundano, que no tiene pecados ocultos, y que está libre de las preocupaciones de este siglo y del engaño de las riquezas; tal corazón cede cada centímetro de su terreno para recibir la palabra a fin de que ésta crezca, lleve fruto y produzca aun a ciento por uno—Mt. 13:8, 23.
- B. La semilla se siembra en la tierra para crecer con los nutrientes de la tierra; como resultado, el producto es una composición de los elementos de tanto la semilla como de la tierra—v. 23.

- C. En nuestro interior tenemos ciertos nutrientes que Dios creó como una preparación para entrar y crecer en nosotros; Dios ha creado el espíritu humano con los nutrientes humanos junto con el corazón humano como tierra para la semilla divina—cfr. 1 P. 3:4.
- D. La velocidad a la cual crecemos en vida no depende de la semilla divina, sino de cuántos nutrientes le proveemos a esta semilla; mientras más nutrientes suministremos, más rápido crecerá la semilla y más florecerá—Sal. 78:8; Mt. 5:3, 8:
 - 1. Si permanecemos en nuestra alma, en nuestro hombre natural, no proveeremos los nutrientes para el crecimiento de la semilla divina, pero si somos fortalecidos con poder en nuestro hombre interior y si prestamos atención a nuestro espíritu y ejercitamos nuestro espíritu, los nutrientes serán suministrados y Cristo hará Su hogar en nuestros corazones—Ef. 3:16-17; Ro. 8:6; 1 Ti. 4:7; cfr. Jud. 19.
 - 2. Si queremos que el Señor como semilla de vida crezca en nosotros para ser nuestro pleno disfrute, debemos abrirnos al Señor de manera absoluta y cooperar con Él para que Él pueda tratar con nuestro corazón cabalmente.
- E. Por un lado, Dios nos fortalece consigo mismo como elemento y, por otro, nosotros proveemos los nutrientes; por medio de estos dos, Dios en Cristo lleva a cabo Su edificación intrínseca —la edificación de Su hogar— en todo nuestro ser—Ef. 3:16-19.

II. El corazón es el conglomerado de todas las partes internas del hombre, el principal representante del hombre, su delegado:

- A. Nuestro corazón está compuesto por todas las partes de nuestra alma —la mente, la parte emotiva y la voluntad (Mt. 9:4; He. 4:12; Hch. 11:23; Jn. 14:1; 16:22)— más una parte de nuestro espíritu: la conciencia (He. 10:22; 1 Jn. 3:20).
- B. Nuestro corazón y la condición en que se encuentre delante de Dios se relaciona orgánica, intrínseca e ineludiblemente con la condición en que está nuestro espíritu, alma y cuerpo:
 - 1. Ejercitar nuestro espíritu tiene eficacia únicamente cuando nuestro corazón está activo; si el corazón del hombre es indiferente, su espíritu queda preso en su interior y las capacidades del mismo no pueden manifestarse—Mt. 5:3, 8; Sal. 78:8; Ef. 3:16-17.
 - 2. El alma es la persona misma, pero el corazón es la persona en acción; el corazón es el delegado, el comisionado en funciones, de todo nuestro ser.
 - 3. Las actividades y movimientos de nuestro cuerpo físico dependen de nuestro corazón físico; asimismo, nuestro diario vivir, la manera en que actuamos y nos comportamos, depende de la clase de corazón psicológico que tengamos.
- C. El corazón es la entrada y la salida de la vida, es el “interruptor” de dicha vida; si nuestro corazón no está bien, la vida que está en nuestro espíritu queda estancada, y la ley de vida no puede operar libremente y sin estorbos a fin de alcanzar cada parte de nuestro ser; aunque la vida posee gran poder, éste es regulado por nuestro pequeño corazón—Pr. 4:23; Mt. 12:33-37; cfr. Ez. 36:26-27.

III. A fin de llevar una vida santa para la vida de iglesia, la vida del reino, es necesario que el Señor afirme nuestro corazón irreprochable en santidad—1 Ts. 3:13:

- A. Dios es Aquel que nunca cambia, pero según nuestro nacimiento natural, nuestro corazón es muy voluble en lo referido a nuestra relación con otros y con el Señor—cfr. 2 Ti. 4:9-11.

- B. No hay uno solo que, según su vida humana natural, posea un corazón firme; ya que el corazón del hombre cambia tan fácilmente, de ninguna manera es digno de confianza—Jer. 17:9-10; 13:23.
- C. Nuestro corazón es reprobable porque es voluble; un corazón inalterable es un corazón irreprobable—Sal. 57:7; 108:1; 112:7.
- D. En la salvación efectuada por Dios, nuestro corazón es renovado una vez para siempre; sin embargo, en términos de nuestra experiencia, nuestro corazón necesita ser renovado continuamente, debido a lo voluble que es—Ez. 36:26; 2 Co. 4:16.
- E. Debido a que tenemos un corazón voluble, éste necesita ser renovado continuamente por el Espíritu santificador de tal modo que nuestro corazón pueda ser afirmado, edificado, en un estado de ser santos, en la cual hemos sido apartados para Dios, ocupados por Dios, poseídos por Dios y saturados de Dios—Tit. 3:5; Ro. 6:19, 22.

IV. A fin de ser de “los que son santificados” y llevar una vida santa para la vida de iglesia, la vida del reino, tenemos que cooperar con la operación interna de Aquel “que santifica” al tomar las medidas pertinentes con respecto a nuestro corazón—He. 2:10-11; Sal. 139:23-24:

- A. Dios desea que tengamos un corazón suave:
 1. Cuando Dios toma las medidas necesarias con respecto a nuestro corazón, Él quita de nuestra carne el corazón de piedra y nos da un corazón de carne, un corazón suave—Ez. 36:26.
 2. Tener un corazón suave significa tener un corazón que se sujeta al Señor y cede ante Él, es decir, un corazón que no es obstinado ni rebelde—cfr. Éx. 32:9.
 3. Un corazón suave es un corazón que no se ha endurecido a causa del tráfico mundano—Mt. 13:4.
 4. Dios consigue que nuestro corazón sea suave al conmovernos con Su amor; pero si Su amor no logra conmovernos, Su mano opera en nuestro entorno a fin de disciplinarnos hasta que nuestro corazón se vuelva suave—2 Co. 5:14; 4:16-18; He. 12:6-7; cfr. Jer. 48:11.
- B. Dios desea que tengamos un corazón puro:
 1. Un corazón puro es un corazón que únicamente ama a Dios y sólo desea a Dios mismo; además de Dios, no tiene ningún otro amor ni ninguna otra preferencia o deseo—Sal. 73:25; cfr. Jer. 32:39.
 2. Nuestro corazón debe ser sencillo en su relación con Dios, de tal modo que nuestro único temor sea ofender a Dios y perder Su presencia—Sal. 86:11; Is. 11:1-2.
 3. Nuestra meta y objetivo debe ser únicamente Dios mismo, y no debiéramos tener ningún otro motivo—Mt. 5:8.
 4. Tenemos que ir en pos de Cristo “con los que de corazón puro invocan al Señor”—2 Ti. 2:22; 1 Ti. 1:5; Sal. 73:1.
- C. Dios desea que tengamos un corazón amoroso:
 1. Un corazón amoroso es un corazón cuya parte emotiva ama a Dios, anhela a Dios mismo, tiene sed de Dios y ansía a Dios mismo en el ámbito de una relación personal, afectuosa, íntima y espiritual con el Señor—42:1-2; Cnt. 1:1-4.
 2. Es menester que volvamos nuestro corazón al Señor una y otra vez y que nuestro corazón sea renovado constantemente, de modo que nuestro amor por el Señor se mantenga nuevo y fresco—2 Co. 3:16; *Himnos*, #255 y *Hymns*, #547.
 3. Toda experiencia espiritual se inicia al surgir amor en el corazón; si no amamos al Señor, es imposible tener experiencia espiritual alguna—cfr. Ef. 6:24.

4. Nuestro amor por el Señor nos capacita, perfecciona y equipa para hablar por Él investidos de Su autoridad; si amamos al máximo al Señor, seremos llenos de Él hasta rebosar—Jn. 21:15-17; Mt. 26:6-13; 28:18-20.
- D. Dios desea que nuestro corazón esté en paz:
1. Un corazón en paz es aquel en el cual la conciencia está libre de ofensas, condenación o reproches—Hch. 24:16; 1 Jn. 3:19-21; He. 10:22.
 2. Si confesamos nuestros pecados a la luz de la presencia de Dios, recibiremos Su perdón y Su lavamiento de tal modo que, teniendo una buena conciencia, podremos disfrutar de comunión ininterrumpida con Dios—1 Jn. 1:7, 9; 1 Ti. 1:5.
 3. Si practicamos tener comunión con Dios en oración, el resultado será que disfrutaremos de la paz de Dios, la cual es de hecho Dios como paz que guarda nuestro corazón y nuestros pensamientos en Cristo a fin de mantenernos serenos y tranquilos—Fil. 4:6-7.
 4. Debemos dejar que la paz de Cristo sea el árbitro en nuestros corazones al perdonarnos unos a otros a fin de revestirnos del nuevo hombre—Col. 3:13-15.
- V. A medida que nuestros corazones sean afirmados irreprochables en santidad mediante la renovación constante que en ellos efectúa el Espíritu santificador, llegaremos a ser la Nueva Jerusalén (el reino eterno), que posee la novedad de la vida divina, y llegaremos a ser la santa ciudad, que posee la santidad de la naturaleza divina—Ap. 21:2; 1 Jn. 5:11-12; 2 P. 1:4; He. 2:10-11.**